

Fuí como tantos, aventurero  
de la Quimera; fuí caballero  
de la Esperanza. . . . Y emprendí el viaje;  
velé mis armas junto á un ventero,  
y alcé castillos en un celaje.

Hice gigante todo molino;  
rey encantado todo cabrero;  
heroica senda todo camino,  
peón bizarro todo carnero.  
No oí en mi noble sueño divino  
ni los refranes del escudero  
ni los rebuznos de su pollino.

Por todas partes marqué las huellas  
de mis hazañas; salvé doncellas,  
acorrí al triste y al desvalido;  
desfice entuertos, y á las estrellas  
alcé los brazos, de mal herido.

Volví curado de mi locura;  
tiré los libros y la armadura. . . .  
Ya soy Alonso Quijada, hidalgo  
de ama y sobrina, barbero y cura,  
lanza y adarga, rocín y galgo.

Fuí como tantos;—viví á la buena  
de Dios, aprisa, con alma llena  
de afán curioso, de ansias cordiales,  
sin egoísmos para la pena,  
sin avaricias sentimentales.

Fuí como tantos; audaz é iluso;  
—amor constante; dolor intruso;  
tras los ensueños los desencantos;  
pesar preciso; placer confuso;  
memorias tristes.—Fuí como tantos!

Hoy es ceniza lo que fué brasa;  
ya mi cerebro no se propasa;  
no me imagino del mal azote,

y cuando salgo, no torno á casa  
con las tristezas de Don Quijote.

¿De qué me quejo? Si el mundo es an-  
[cho,

si el buen sentido rige la idea;  
el regio alcázar se volvió rancho,  
¡qué razón tienes, amigo Sancho,  
la zafia Aldonza no es Dulcinea!

Ya no hay quién grite:—¡qué desati-  
[no!—

Amor, Justicia, Fe y Esperanza;  
se perdió el noble sueño divino . . .  
¡Ventero! Dame buena pitanza,  
cómodo albergue y añejo vino.

¿Por qué este anhelo que me sofoca,  
y este suspiro que de mi boca  
no sale nunca, y este callado  
desdén, y esta perenne y loca  
melancolía por lo creado?

¿De qué me quejo? Voy por el mundo  
ya no sangrante ni furibundo;  
feliz, risueño, sin un ahinco:  
no me desdeñes, sabio profundo,  
ya me enseñaste cuántas son cinco.

Voy por el mundo sin desengaños,  
sin ilusiones; sin los extraños  
romanticismos de la ternura,  
porque mis cuerdos cuarenta años  
no me permiten esa locura.

Y llevo á cuestras mi poesía,  
como el muchacho que noche y día,  
para recreo de gente baja,  
lleva en su viejo palo, la caja  
del organillo de Berbería.

Luis G. Urbina.

1910.



← RAFAEL LOPEZ →

Contamos para el número siguiente de "Cosmos"  
con una producción inédita de este famoso poeta.